

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

74 La Plaza del 25: el cielo por asalto



SE PROHIBE TOMAR EL CIELO POR ASALTO

La frase *el cielo por asalto* es la más hermosa que escribió Karl Marx. “Estos parisienses que toman el cielo por asalto.” No es parte de *El capital*. Ni de los *Gründrisse*. Ni del *Manifiesto*. No podría serlo: surge, como una estrella jubilosa y única, de un hecho posterior a la redacción de esas obras maestras. No pertenece a un libro. Está en una carta que le escribió a su amigo Kugelmann, desde Londres, el 12 de abril de 1871. Apesta para el paladar de los anticomunistas. Es una frase subversiva. Tomar el cielo por asalto es apoderarse del poder de la sociedad burguesa, es ponerlo en manos del proletariado y, desde ahí, partir en busca de una sociedad más justa, sin desigualdades. Como la esencia del capitalismo es la desigualdad, tomar el cielo por asalto es quebrar su lógica y trastocarla por otra que proponga la igualdad entre los hombres. La política, la jurídica y la económica. “El cielo” es la sociedad capitalista porque ésta siempre se ha postulado como “lo mejor”. O lo “menos malo”. O, de todos los mundos posibles, como postulaba Leibniz y lo burlaba Voltaire, el mejor de todos, el que Dios nos ha cedido generosamente luego de haber analizado a los otros y descubrir que éste, el nuestro, es el superior y entregárnoslo. Tomar “el cielo por asalto” es adueñarse de él. Hacerlo propio. Ahora, el cielo es nuestro. De quienes hemos vivido casi en el infierno o, sin más, en él. Se nos hacía difícil pensar que esto podía ocurrir. Siempre nos parecieron demasiado poderosos los dueños del cielo. Siempre nos enseñaron que era de ellos, que les pertenecía por derecho divino o por linaje histórico o por tener las armas necesarias para defenderlo de cualquiera que se lo quisiera arrebatar. De esta forma, hemos aprendido las reglas del cielo. El cielo no se toca. El cielo tiene dueño. Cualquier intento de cuestionar el orden que reina en el cielo será castigado severamente, con la vida a veces. Prohibido escupir en el cielo. Robar es escupir en el cielo. Negarse a cumplir las órdenes de las autoridades constituidas es escupir en el cielo. No trabajar es escupir en el cielo. Quejarse por el salario recibido es escupir en el cielo. Matar –sobre todo a un miembro de la clase poseedora, de la clase superior– es escupir en el cielo. Desobedecer cualquier orden de un policía es escupir en el cielo, ya que en todo policía se encarna el orden celeste. Al cielo también se le dice patria. La patria es de todos. Todos pueden habitar en ella. Pero su suelo y la administración de sus cuestiones esenciales corresponden a los dueños naturales del cielo. El cielo –en su modalidad de “patria”– puede entrar en conflicto con otras “patrias” o “países”. A eso se le dice “guerra”. Ahí, todos –menos los que conducen el cielo y son sus grandes propietarios– deben defender el cielo. Defender el cielo es defender la patria. Defender la patria es ser un patriota. Es muy frecuente que un patriota tenga que morir por la patria. Tenga que morir por el cielo. Se le adjudicará un emotivo reconocimiento por su valor y su heroísmo, pero nada que pertenezca al cielo. Los dueños del cielo serán siempre los mismos. O sus socios, o sus familiares o sus descendientes. Hombres de sana ambición y laboriosidad pueden llegar a compartir algo del cielo con sus dueños, siempre que éstos lo encuentren beneficioso para los intereses del cielo, que son los de todos, los de la patria. Pero propiedad de los poseedores del cielo. El cielo tiene propietarios. Cada vez hay menos propietarios y más no propietarios. Esta desigualdad es propia del cielo. Al ser el derecho de la propiedad el elemento esencial del cielo no todos pueden ser iguales en él. Algunos tendrán muchas propiedades, otros tendrán menos y la enorme mayoría no las tendrá. O tendrá sólo las necesarias para su subsistencia, sin la cual no podrían trabajar para los poseedores del cielo. Se ha comprobado que los muertos no trabajan. El cielo tiene creencias en las que todos deben creer, leyes que todos deben cumplir y una jerarquía que nadie debe alterar. Todo ser humano puede ser feliz en el cielo. Sólo tiene que aceptar el lugar que en él le ha tocado. Algunos, como se ha visto, pueden modificarlo. Sólo algunos. Cuando son muchos los que quieren modificar el orden del cielo, sus naturales poseedores consideran esa acción como la más perniciosa para el cielo, pues quiere subvertir el orden que en él reina. Reaccionarán con extrema violencia. Porque subvertir el orden que reina en el cielo es la acción más destructiva que pueda emprenderse contra él. Quienes lo hagan morirán o serán sometidos a terribles castigos de los que tal vez no salgan con vida. Es decir, también morirán. Subvertir el orden del cielo, pretender apoderarse de él, asaltarlo por medio de la fuerza y las ideas perniciosas, es pretender matarlo. ¿Qué otra cosa sino la muerte merecen quienes perpetren semejante agravio? Se prohíbe asaltar el cielo. Está terminantemente prohibido tomar el cielo por asalto.

TOMAR LA CASA DEL PODER

La llamada “historia argentina” está tramada para cantar loas a los sectores sociales que hicieron la patria (o la *casa*) y a desdeñar a quienes quisieron hacerla de otra manera, fue-

ron derrotados o exterminados, pero obstinadamente volvieron al ataque bajo nuevas caras, nuevos ropajes, nuevas ideas. La *casa* nunca estuvo segura. La *casa* se asume como tal (aunque con gran cautela: enmascarada, con la máscara de Fernando VII) a partir de mayo de 1810. Esos pasos son, sin embargo, algo caóticos. Lo eran esos hombres que encarnaron un proyecto que no tenía en el país bases sociales. Eran hijos ideológicos del jacobinismo francés pero no tenían una burguesía revolucionaria. Había aquí una mera burguesía comercial pro-británica. Unos latifundistas que buscaban mercados más prósperos que los de España. Y una clase de burócratas que respondían a la corona española. Fueron éstos los más desplazados. Lo demás quedó en pie. La revolución fue impopular en las provincias. Y yo le creo más al Alberdi de los *Póstumos* que a todos los otros teóricos que leo desde 1968, época en que me consagré, luego de haberlo hecho de niño, a estudiar nuestra historia. Con la Revolución de Mayo se suplantó el poder español sobre Buenos Aires por el de Buenos Aires sobre las provincias. Creo –y perdón si insisto en esto– que Moreno, Castelli y Belgrano fueron hombres muy lúcidos, inteligentes. Supieron ver por dónde se derivaba la historia. No era tan difícil. La lenta, perezosa Corte española, atiborrada por el goce (aunque sin saber nada de Lacan), por el oro fácil de las colonias, que los piratas ingleses se robaban para entregar al Imperio y a las industrias británicas, queda atrás, lejos, en el atraso. Sarmiento es el más brutal juez de España. Nada, no hay nada para él en la península. 500 años de Inquisición achicaron el cerebro español. Y se acabó. Que no le vengan con esos inventos de los ultracatólicos nacionalistas sobre la nueva España, las Cortes, Jovellanos. No, España es el pasado. Es increíble que todavía se vea en los hechos de Mayo una revolución. Si subirse al movimiento dinámico de la modernidad capitalista fue una revolución, entonces lo fue. Eso hicieron Moreno y los suyos. Las provincias eran godas. Liniers bonapartista y también amigo de los godos locales. El héroe de la Resistencia lo había sido de la resistencia española. No quería América para los ingleses, sino para España. A fusilarlo sin asco. En cuanto a las provincias, invadirlas. Ese día –dirá Alberdi y dice bien– comienza el poder de Buenos Aires sobre las provincias. Buenos Aires, la nueva metrópoli. El interior, la nueva colonia. La economía funcionaría como complementaria de las industrias británicas. Y la cultura vendrá de Francia. Basta, esto ya se sabe. No lo discuto más. ¿A Moreno lo mataron en alta mar? ¿Quién, el comandante británico de la nave? ¿Para qué? Moreno hasta había llegado –en el célebre *Plan de Operaciones*– a cederle la isla de Martín García a Inglaterra. Puede que Saavedra, que no lo quería ver más, haya arreglado su muerte. Pero Saavedra no era, políticamente (sí en el estilo, el carácter, la inteligencia, el temperamento), demasiado distinto a Moreno. No había mucho para elegir. ¿Era tan evidente el camino ya trazado! España era el atraso. Inglaterra y Francia, el tren de la modernidad capitalista y burguesa. La *casa* la toman los “bárbaros” en 1820 y nuestros libros de texto lo dicen: *la anarquía del año 20*. ¿Cómo no será el 20 el año de la anarquía si en él los federales se adueñaron de Buenos Aires? Tres gobernadores en un día. Y Belgrano que muere porque –es la leyenda– tiene un corazón muy grande. Muere de puro bueno que era. Ya que nadie duda de que hay una relación de hierro entre el corazón y la bondad. Ergo, el que lo tiene muy grande es un hombre casi santo. El tamaño siempre importa. Se habrá tratado de una dilatación cardíaca mal tratada. Pero la metáfora boba está siempre lista. Si en estos días hemos agregado a Alfonsín al santuario de los puros, Belgrano hace tiempo que lo ocupa. Sus últimas palabras revelan cuánto amó a su patria. Si uno le dedica a la patria sus últimas palabras sin duda la ha amado ilimitadamente. Se dice que esas palabras fueron: “¡Ay, patria mía!”. Ahora, un escritor que escribe para la clase media argentina, en un texto al que califica (con orgullo, pues es un llamado a la acción contra un gobierno que ni él ni su clase toleran ya) de “panfleto”, dice que Belgrano no dijo “¡Ay, patria mía!” sino “¡Pobre Patria mía!” (“Patria” en mayúscula para marcar la enormidad de lo que está en peligro, de lo que hay que defender. La enormidad, en suma, de la lucha que los buenos argentinos deben iniciar.) “¡Ay!” es apenas un suspiro. Un lamento. De impotencia. La impotencia de un moribundo. “¡Pobre Patria mía!” es también un lamento pero en él late la furia, la “bronca” como escribe el autor, el impulso de la acción, de cambiar esto, la “pobre” situación de la patria. Su libro marchará a la cabeza de las listas de best sellers durante largo tiempo. Es un libro-cacerola. Escrito para hacer ruido. Para la clase media. Podríamos –brevemente, en otro lugar lo haremos con más detalle– hacer una *ontología de la clase media argentina*. El rasgo original de esta ontología es que está vehiculizada por el deseo. Porque la clase media, mal que le pese, *es lo que es*. Uno que otro de sus integrantes podrá trepar. Aunque –y esto la aterroriza– demasiados pueden descender. Pero su esencia es parmenídea: *es lo que es, no es ni será lo que no es*. Esto no le impide el

deseo, que es siempre frustración. Porque hay algo que es (su *ser*) y no desea ser. Hay algo que no es y tampoco desea ser. Y hay que no es ni será y ése es el ser que desea.

Es así:

La clase media argentina:

1) *No desea ser lo que es.*

2) *No desea ser lo que no es.*

3) *Desea ser lo que no es ni será.*

Brevemente:

1) La clase media no desea ser clase media.

2) La clase media no desea ser pobre. No desea ser grasa. No desea ser negra. No desea ser clase obrera.

3) La clase media desea ser lo que jamás será: clase alta.

Estamos entrando en el tema fundamental para entender nuestra historia: *la metáfora de la casa tomada*. En 1826, Rivadavia manda su Constitución iluminista al Interior y fracasa. Peligro: al no aceptarla acaso los caudillos asalten la *casa*. *La casa reside en Buenos Aires*. Desde ahí se hace fuerte. Se sabe: Ibarra, caudillo de Santiago del Estero, recibe al enviado rivadaviano, que viene con galera y fraque en una tardecita santiagueña de 45 grados a la sombra, en calzonzillos. ¡Horror! Ya Sarmiento dirá, en *Facundo*, que cuando Abdul Medjil, sultán de Turquía, quiere recibir adecuadamente a los enviados del Imperio Británico, se saca el caftán y se pone fraque y galera, aceptando la civilización de Occidente. Pero Ibarra no. Y Facundo tampoco. El que amenaza con tomar la *casa* para los federales porteños en alianza con los del Interior es Manuel Dorrego. Aquí: Lavalle. Consejos de Salvador María del Carril y de Juan Cruz Varela. Del Carril escribe su gran frase: “General, una revolución es un juego de azar en el que se gana hasta la vida de los vencidos”. (Cito de memoria. El que avisa no es traidor. Cotejar las citas.) Lavalle fusila a Dorrego. Y el que toma la *casa* es Don Juan Manuel de Rosas. Que la toma para él, para los saladeristas bonaerenses, un poco para las industrias del interior (es un exceso decirles industrias, pero protegidas y con el mercado comprador de Buenos Aires, que no tuvieron, vaya uno a saber qué pasaba). Se aguantan a Rosas ¡22 años! La *casa* la toma Urquiza. Pero no es para él. Al final, el patriótico caudillo entrerriano, en un gesto que lo enaltece ante la Historia y lo llena de oprobio ante sus compañeros federales, le cede a Mitre la batalla de Pavón (según hemos visto en el análisis más riguroso de este libro: la obra en un acto breve *Urquiza en Pavón*) y Mitre se hace el banquete. Ahí tienen ustedes al burgués conquistador en acción. Se acabó, señores. Toleros 22 años de Mazorca. Lo toleramos a Urquiza. No vamos a tolerar al resto de las montoneras y menos si se unen al Paraguay de López. Todo es muy sencillo: Mitre no inventa nada. Esto ya lo hicieron los ingleses en la India, el Mariscal Bougeaud en Argelia y los norteamericanos en la conquista del Oeste y la derrota del Sur monocultivista, esclavista y algodonero. Mitre declara la *guerra de policía*. Hay que asegurar la *casa*. “Guerra de policía” significa tratar al enemigo como mero delincuente, no concediéndole los derechos de la guerra. Se los fusila donde se los encuentra, se les corta la cabeza y la de sus caudillos se clava en una pica. Aquí se dicen esas frases que –según los historiadores liberales– no hay que citar. Que Mitre dijo: “Si Sandes mata gente, déjenlo. Es un mal necesario”. Ambrosio Sandes era un homicida paranoico de origen uruguayo que liquidaba gauchos como si fuera Pol Pot o Idi Amin. Y Sarmiento dice la suya, tan conocida, ésa que algunos dicen que debe estar quitada de contexto. Como si pudiera estar en algún contexto que le hiciera no decir lo que dice: “No ahorre sangre de gauchos. Es lo único que tienen de humano esos bípedos”. Liquidados los gauchos, arrasado el Paraguay, sólo quedaban los indios. Aquí, Roca. Y la tierra para todos los “atalivas” de este mundo. O no: para los “atalivas” de Roca. Hay que leer a Bayer en estos temas. (También a Viñas, pero al maestro David le vamos a dedicar unas líneas más adelante, acaso en el próximo capítulo, por sus aportes a la temática del indio y porque es necesario señalar su condición de intelectual como ya casi no queda uno. Porque está donde siempre que lo buscamos estuvo. Nunca uno preguntó: “¿Dónde está David Viñas?” y le dijeron: “Ya no vive aquí. Se mudó. Búsquelo en la vereda de enfrente y lo va a encontrar”.) Ataliva era un pariente cercano de Roca al que éste le cede miles de hectáreas quitadas a los indios. No se las da a los colonos. Se las da a sus parientes. En lugar de un país con colonos laboriosos, como el Oeste de Estados Unidos, se crea una gran llanura de ociosos latifundistas. La *casa* está en orden y la Argentina ensangrentada. Roca presidente. Juárez Celman, unicato y corrupción. Cané, Ley de Residencia. ¿Por qué? Porque del universo ultramarino viene una terrible amenaza para los propietarios del país. *La chusma ultramarina*. Los inmigrantes. Los anarcos. Los ácratas. Mierda pura llena de ideas disolventes. ¿Por qué Europa no nos mandó esa colonia alemana o galesa que Sarmiento describe en *Facundo*? ¿Por qué no nos mandó al menos a los hijos de los obreros ingleses que Alberdi, en cristalina frase, dijo que ellos, esos obreros, valían 10 veces más que el gaucho argentino y el



cholo chileno? La *casa*, otra vez, corre peligro. Si *Gobernar es poblar*, poblar es llenar el país de basura, de indeseables, de prostitutas, de revoltosos, de anarco-sindicalistas. ¡Otra vez el Otro! Porque hay que decirlo ya: *el que va a ocupar la casa, el que se propone tomarla, es siempre "el otro"*. Nosotros, los dueños de la *casa*, somos nosotros. Nos reconocemos. Por la ropa. Por la elegancia de nuestros modales y costumbres. Por nuestro linaje. Nos miramos las caras y nos vemos a nosotros mismos. ¡Oh, qué espectáculo tan agradable! Es el *entre nos* de Mansilla. También nuestros sirvientes son nuestros. No son ya la chusma negra y delatora de los tiempos de Rosas. No, son paisanos y paisanas amansados. Obedientes. Forman parte (subalterna, claro) de la familia. En cambio, la *chusma ultramarina* es temible. Primero, al *Hotel de Inmigrantes* con ellos. Ahí hay que enseñarles las primeras lecciones. Que no crean que vienen a un país que les pertenece. Este país tiene dueño. Somos nosotros. Los verdaderos argentinos. Los dueños de la *casa*. Los que la hicimos y los que la vamos a defender a morir ante cualquier asalto. La *casa* es el cielo. Es nuestro cielo. El cielo de las clases patricias, de las clases poseedoras. Recuerden. Si no la quieren pasar mal recuerden siempre esto: está terminantemente prohibido tomar el cielo por asalto. Todo aquel que lo intente, morirá. No por alguna maldición. No porque algún dios nos proteja. No porque esté escrito en ninguna parte. Simplemente morirá porque nosotros lo vamos a matar. Sería deseable que esto fuera entendido profundamente. Porque, aunque no nos molesta matar, tampoco nos gusta y

la *casa* se ensucia de sangre, y hay que andar limpiándola y de la sangre derramada siempre algo queda, en nosotros (algunos somos sensibles y las caras de los muertos fastidian nuestros sueños) y en los herederos de los muertos que suelen entregarse a la inútil pero (para ellos, al parecer) necesaria tarea de vengarlos. Este decurso de sangre derramada y venganza por la sangre derramada hay que cortarlo. Tenemos que saber *asimilar* a los vástagos de los que ayer matamos. A eso le llamamos *diálogo*. Y es algo que ejercitamos: 1) Cuando nos sentimos débiles; 2) Cuando queremos ordenar la *casa* y dotarla de una fisonomía institucional, democrática, republicana. Aquí suplantamos el *exclusionismo* de nuestras guerras por el *inclusionismo* de nuestros proyectos de paz, e integración. Siempre queda claro: los integramos, pero la *casa* es nuestra. Los dejamos entrar, votar, trabajar y hasta divertirse. Pero sólo eso. El sagaz Roque Sáenz Peña —supongamos— lo llama a Hipólito Yrigoyen. “Vea, amigo —le dice—, tenemos que integrarlos. Ustedes ya son muchos y nuestra generosidad es grande. Les vamos a prestar la casa. A prestar, eh, don Hipólito. No se hagan ideas locas. Ustedes, los radicales, son gente de orden. Toda esa gente tendrá que formar un colchón entre nosotros y el bajo pueblo. Será una clase media, me entiende. Usted, ahora, la representa. Dicté una ley electoral que lleva mi nombre. No habrá fraudes. Si usted gana administrará la casa por el plazo fijado. Hay cosas que también están fijadas, don Hipólito. Usted lo sabe. Ideas disolventes, no. El cielo es y será nuestro. Pero ya que los trajimos, ya que son más que nosotros casi, adelante,

gobierne nomás. Pero recuerde que su partido, si bien fue fundado por Leandro Alem, también fue fundado por el glorioso general Mitre. Deberá siempre llevar su espíritu en las entrañas como límite irrefutable a cualquier posible desborde”. Yrigoyen y los radicales administran la *casa*. Pero el Otro, el invasor, el asaltante del cielo, el que no se somete a sus leyes, otra vez aparece. Los obreros de los talleres metalúrgicos Vasena, propiedad de capitales ingleses —¿qué otra cosa si no británico habría de ser un taller metalúrgico?—. La oligarquía nativa viajaba a París y su existencia fácil era el fruto de la generosidad de la tierra—, congelan con una huelga total a la ciudad de Buenos Aires, luego de una represión policial que costó muchas víctimas. ¡La *casa* está en peligro! Su funcionamiento se altera. Hay, para colmo, centrales obreras, lugares en que se juntan los inquilinos de la *casa* y elaboran planes subversivos. “Oiga, don Hipólito: o hace algo o lo tiramos y nos hacemos cargo nosotros. ¿O no lo pusimos para que administre la *casa*? Administrarla, para nosotros, es, ante todo, mantenerla en orden.” Yrigoyen lo llama al jefe de Campo de Mayo, general Luis Dellepiane. Y don Hipólito, con esa parquedad que tal vez lo hiciera sentirse inocente de todo, le dice a Dellepiane: “Hágase cargo, general”. Además de Dellepiane hay muchachos bravíos de las clases garcas (qué lindo suena “garca”, aprendí su uso implacable en las páginas de *Barcelona*, aunque no siempre lo usan en el sentido que más me gusta, por ejemplo: “los ‘garcas’ siempre te ‘garcan’” o “a este país no lo hicieron los ‘garcas’, lo ‘garcaron’ los ‘garcas’”, porque los “garcas” vinie-

ron a este mundo para “garcar” a todos los demás, o peor aún: la Historia de la Humanidad es la historia de cómo los “garcas” “garcaron” siempre a quienes no fueron “garcas” sobre todo haciéndolos trabajar para ellos, y siempre que no quisieron los “garcaron” a palos) que se organizan bajo la batuta del supremo “garca” Manuel Carlés. La Liga Patriótica recorre las calles dispuesta a “garcar” a palazos a los obreros insurrectos y a los judíos. ¿Por qué a los judíos? Porque los “garcas” dicen que los judíos, a los que ellos llaman “rusos”, son comunistas. ¿O la “revolución rusa” no es “rusa”? (Así de brutos eran estos miserables, estos vándalos de los hogares patrios.) Se les unen las clases medias. Invaden el barrio del Once y se produce el primer pogrom argentino. (Fijate, Marcos, quiénes fueron los primeros que “garcaron” a palos a los judíos como vos: los padres y abuelos de los “garcas” para los que trabajás ahora. ¿Vos creés que te respetan? ¿Vos creés que hay un solo “garca” que respete a un judío?) Hay un chiste memorable. Que expresa además hasta qué punto llegó el cuidado de la *casa* en manos de los “garcas”. ¿Si hasta chistes se hicieron! Seguro que lo inventó algún buen judío al que molieron a palos. El chiste es así: están los “garcas” de la Liga Patriótica cerrando la entrada al barrio del Once. Dejan salir a un “ruso” que necesita comprar algo de comida. Al rato, el “ruso” vuelve. Hizo su compra: trae un paquetito. Pero, atemorizado, se detiene. Ve que los “garcas” de Manuel Carlés hicieron una doble fila y están con palos. A cada “ruso” que quiere entrar al barrio le ordenan: “Diga ‘nueve’”. “Noive”, dicen los pobres rusos. Y los “garcan” a palazos. Nuestro “ruso”, que ha aprendido a sobrevivir, ensaya durante una hora: “Nue-ve. Nue-ve. Nue-ve. Nue”. Decidido se encamina hacia el piquete “garca”. “¡Quieto ahí!”, le ordenan. El “ruso” se detiene. “Diga ‘nueve’”. “Nueve”, dice claramente. “¿Qué lleva en ese paquete?” “Goivos.”

MAYO, 1973: EL CIELO CON LAS MANOS

La *casa* quedó en orden pero llena de sangre. El episodio pasó a la historia como la Semana Trágica. ¿Cómo se atreven, cómo se atreven esos rojos y esos rusos a alterar las reglas del orden que rige la *casa*? Hay casi 700 muertos y más de dos mil heridos. Luego la cosa se repite en la Patagonia. No era un territorio tan lejano. Estaba al cuidado de pocas y buenas familias y de los amigos ingleses, todo organizado por la Sociedad Rural Argentina. Roca había visitado Santa Cruz y también Roque Sáenz Peña. El episodio es conocido. Los Menéndez y los Braun y todo el resto del garcaje (elimino las comillas a esta palabra, queda incorporada a los más altos niveles expresivos de la lengua nacional) piden la intervención del Ejército. Peligra la *casa*. Yrigoyen, una vez más, le dice a un militar: “Vaya y hágase cargo”. Las matanzas de la Patagonia expresan la transparencia más plena de nuestra historia. Un gobierno que representa a las clases medias, al que se le dio la *casa* para administrar y para integrar al sistema a los inmigrantes, tiene que cargar con las matanzas de un coronel extraviado, de un paranoico, porque no lo puede contener ni tiene demasiadas convicciones para hacerlo. La *casa* está en el Sur. En los territorios que Roca conquistó para el hombre blanco argentino. Esa *casa* está en manos de nativos y de ingleses. Los que quieren, no asaltar el cielo pero sí tener derechos son obreros del lugar y chilenos, muchos, demasiados chilenos. Se mezcla todo: el odio de clase, el racismo, la xenofobia. Así se defiende la *casa*, qué joder. Así volveremos a defenderla siempre que haga falta. Y así lo hicieron.

El resto lo vimos. El “aluvión zoológico” es un momento de gran temor. Otra vez el Otro: el diferente, el negro, el grasa, el bruto, el ignorante. ¿Cómo se le va a ceder la *casa* a esa gente? Este país no se hizo para eso. Es un país de gente bien. “Cerramos el círculo y velemos sobre él”, decía Cané. “Los argentinos cada vez somos menos.” Después, el peronismo. Una pesadilla. La fiesta del Monstruo y de los mons-

truos que lo adoraron. A darles con los Gloster Meteor. Y después 18 años buscando mantener la *casa* en orden sin ese general indigno y sin ese pueblo que lo sigue de bruto que es. Porque así son los negros: son brutos. Si por lo menos lo siguieran a Alfredo Palacios. A Repetto. A Américo Ghioldi. A la señora Moreau de Justo. Pero no: siguen a una hetaira y a un vicioso, a un corruptor de menores.

Llegamos a la Plaza del 25 de mayo de 1973. Asume Cámpora en presencia de Dorticós y Salvador Allende. ¡Han tomado el Gobierno! ¡La subversión tiene el Gobierno en sus manos! ¡La guerrilla gobierna el país! Y toda esa gente que llena las calles de la ciudad y de todas las provincias está feliz, salta de alegría. Quiero ser claro. Aún tengo que demostrarlo. Pero quiero decirlo ya: *nunca las clases oligárquicas, los grupos financieros, la iglesia y el ejército se sintieron tan agredidos como en esa jornada. Nunca habían perdido hasta tal extremo el control de la “casa”*. El 25 de mayo de 1973 se estuvo *demasiado* cerca de asaltar el cielo. O se lo asaltó como nunca antes se lo había hecho ni se volvería a hacer. Eso lo hizo la izquierda peronista. Eso lo hizo toda la gente que fue a esa plaza porque estaba harta de gobiernos de garcas y militares o de gobiernos civiles cómplices o débiles y complacientes. Nunca se vio en los balcones de la Rosada a un hombre como Salvador Allende. Que eso lo hizo la izquierda peronista significa que eso *no lo hizo* Perón. Tampoco jóvenes idiotas que creían ciegamente en él. Tampoco jóvenes que no sabían qué era el peronismo. *Ellos eran el peronismo. Ellos fueron la cara más combativa del peronismo*. Fue la interpretación que una década de rebeldías, que valoraba la violencia en la lucha política como algo normal, dio de un fenómeno del pasado: el peronismo. ¿Qué importa lo que pensara Perón? ¿Era Perón el dueño del peronismo? Esa generación lo interpretó de acuerdo con los signos de su tiempo y lo llevó adelante. Y hasta se encontró con un veterano, con un viejo conservador del Partido, que creyó en ella y la siguió: Cámpora. El cielo estuvo ahí: al alcance de la mano. Fue, también, el gran momento histórico de la clase media. Porque los grandes protagonistas fueron los hijos de la clase media antiperonista que se rebelaron contra sus padres, contra todo lo que les habían dicho desde que vinieron al mundo. Que se rebelaron porque los jóvenes son así: no obedecen a los padres. Salvo los que los heredan en la conducción de sus empresas. En fin, ésos. Pero la Jotapé era una multitud incalculable de jóvenes y no tan jóvenes que, como la Comuna, quiso tomar el cielo por asalto. Y asustó al poder como nadie en la Argentina. El día de la plaza del 25 los amos de la Argentina se preocuparon como nunca. ¿Así que “izquierda” y “peronismo” son antagónicos? Basta de pavadas. “Perón” e “izquierda” acaso no se lleven bien. Pero la izquierda peronista no fue una construcción de Perón. Buscó su respaldo para validarse ante las masas. Pero hizo su propio “peronismo”. Como lo hizo Evita. O Cooke. O Vandor. O López Rega. O Menem. (Con Kirchner propondría analizar si no es una versión siglo XXI, unida a otros proyectos similares en América latina, de los ideales de la izquierda peronista, no de su ala violenta, sino de su militancia de superficie, de su vocación social.)

Hubo más gente de izquierda ese día que en todo el *Diccionario* de Horacio Tarcus y de veinte más que pudiera escribir juntando figuritas de todas partes, inventando izquierdistas como Federico Pinedo y Américo Ghioldi. (Es cierto que incluye a muchos de los militantes de la izquierda peronista. Lo que es justo, lo es.) ¿Qué le fue mal? ¿Y a quién no le fue mal? ¿Cómo piensan que le fue a la Comuna? Si fuera por eso, nada quedaría por hacer. Como dice Foucault: “El hombre que se rebela es inexplicable” (Citado en JPF: *La filosofía y el barro de la historia*, *Ibid.*, p. 650). Bien, eso deberá ser —si todavía puede— el hombre: *inexplicable*. Porque los dueños de la *casa* no aceptan ser asaltados. Y ofrecen tantos motivos para demostrarlo, tienen tantos medios de comunicación para decirlo, que todo pareciera imposi-

ble. Además, hay algo que queda en la conciencia estremecida de todos: las dimensiones monstruosas del castigo. ¿La Comuna quiso tomar el cielo por asalto? Los amos del cielo masacraron a esos blasfemos. “¿Quién sabe la cantidad de muertos de la Comuna que murieron durante la lucha? Los mataron ferozmente a millares después de ella: los de Versalles (los enemigos de la Comuna, los hombres de Thiers, JPF) dijeron 17.000, pero la cifra no es posible que sea más que la mitad de la verdad (...) Era la venganza del ‘pueblo respetable’. En lo sucesivo se interpondría un río de sangre entre los trabajadores de París y sus ‘superiores’” (Eric Hobsbawm, *La era del capital, 1848-1875*, Crítica, Buenos Aires, 1998, p. 178). ¿17.000 muertos, dice Hobsbawm, es la mitad de la verdad? ¿La verdad completa es entonces 34.000? Los de aquí fueron 30.000. Demasiado cerca. ¿Fue tan enorme como la de la Comuna la intentona argentina por atrapar el cielo? ¿O fueron mucho más criminales los encargados de reprimirla? Aquí, la elite, “un núcleo reducido de familias emparentadas” (como dice Viñas al hablar de los “conquistadores del desierto”), nunca escatimó muertos. Mató todo lo que tuvo que matar y mucho más también para que todo siguiera como debía seguir: el cielo en sus manos, nunca en las de algún otro. Y el genocidio indígena (del que nadie habla) fue central para construir con solidez la *casa*. El muy respetable Estanislao S. Zeballos (citado por Viñas) dice: “El rémington les ha enseñado que un batallón de la República puede pasear la pampa entera, dejando el campo sembrado de cadáveres” (David Viñas, *Indios, ejércitos y frontera*, Santiago Arcos editor, 1983, Buenos Aires, p. 49). Con exquisita lucidez, con precisión luminosa, Viñas califica a la campaña exterminadora de Roca: “*La campaña al desierto como etapa superior de la conquista española*”. Y, antes, escribe: “Pero me animo a insistir: ¿por qué no se habla de los indios en la Argentina? ¿Y de su sexo? ¿Qué implica que se los desplace hacia la franja de la etnología, del folclore o, más lastimosamente, a las del turismo o de las secciones periodísticas de *faits divers*? Por todo eso me empecino en preguntar: ¿no tenían voz los indios? ¿O su sexo era una enfermedad? ¿Y la enfermedad su silencio? Se trataría, paradójicamente, ¿del discurso del silencio? O, quizá, los indios fueron los *desaparecidos* de 1979?” (Viñas, *Ibid.*, p. 18). A ver, ¿dónde está el profe estreñido que dirá: “¿Cómo se atreve comparar a los indios con los desaparecidos?” Claro que sí. Hay trazados de líneas históricas. Y esos trazos iluminan la comprensión del pasado y del presente. Qué notable caso el de David Viñas. No se puso a defender al positivismo como Oscar Terán para lavarle la cara a José Ingenieros. Dice claramente: el positivismo es una ideología de las clases dominantes. Algo que Terán olvidó en el bendito Club Socialista. No se fue a escribir a los diarios del establishment. No los tolera. Antiperonista duro como siempre, su cercanía y su amistad con Horacio González acaso le hizo revisar algunas cosas. Ahí está, como siempre: sin equivocarse. Sabe quiénes son los dueños del cielo y sabe que tienen mucho poder. Habla con la gente de Carta Abierta. Los escucha y opina. Cada palabra suya vale mucho. El señor Aguinis —en el colmo del vasallismo y de la irrespetuosidad: ¿usted cree que puede compararse con David Viñas?— ha dicho que David pertenece a un grupo de intelectuales manipulados. ¿Qué es un manipulado? Alguien que, sin saberlo, es manejado por otros. Decirle, a un intelectual, eso y decirle pelele idiota es lo mismo. No gastaría palabras en un ínfimo escritor como Aguinis (que recorrió el país junto a Jorge Bucay dando conferencias para tornar más felices a los argentinos) si no fuera por la agresión a Viñas. Pero no vamos a permitir esas cosas. Somos más, somos profesionales de las ideas y no aventureros y, sobre todo, somos mejores personas.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO
DOMINGO

La metáfora de la
casa tomada

IV Domingo 19 de abril de 2009